

Jhumpa Lahiri

EN OTRAS PALABRAS

Traducción del italiano de
Marilena De Chiara



Título original: *In altre parole*

Fotografía de la cubierta: Marco Delogu

Copyright © *Jhumpa Lahiri*, 2015

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2019

Cita de la página 112: Las metamorfosis de Ovidio, Editorial Juventud, 2014.

Traducción de Vicente López Soto.

Cita de la página 150: La analfabeta de Agota Kristof, Alpha Decay, 2015.

Traducción de Juli Peradejordi.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-931-9

Depósito legal: B-89-2019

1ª edición, enero de 2019

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

*Para Paola Basirico,
Angelo De Gennaro
y Alice Peretti*

Necesitaba una lengua diferente:
una lengua que fuera un lugar de afecto
y de reflexión.

ANTONIO TABUCCHI

La travesía

Quiero cruzar un pequeño lago. Es realmente pequeño, pero aun así la otra orilla me parece demasiado distante, más allá de mis capacidades. Me consta que es un lago muy profundo y, aunque sé nadar, me da miedo encontrarme sola en el agua, sin ningún apoyo.

El lago del que hablo se encuentra en un lugar apartado, aislado. Para llegar hay que caminar un rato por un bosque silencioso. Al otro lado se ve una cabaña, la única vivienda en toda la orilla. El lago se formó inmediatamente después de la última glaciación, hace milenios. Su agua es límpida, aunque oscura; más pesada que el agua salada, ninguna corriente la surca. Una vez dentro, a pocos metros de la orilla ya no se ve el fondo.

Por la mañana observo a los que, como yo, visitan el lago. Contemplo cómo lo cruzan de manera desenvuelta y relajada, cómo se detienen unos minutos delante de la cabaña y luego vuelven. Cuento sus brazadas. Los envidio.

Durante un mes sólo me atrevo a nadar bordeándolo, sin alejarme de la orilla. Es una distancia mucho mayor, la circunferencia respecto al diámetro. Tardo más de media hora en dar la vuelta completa, pero con la seguridad de que puedo pararme en cualquier momento, hacer pie si me canso. Es un buen ejercicio, aunque nada emocionante.

Una mañana, hacia el final del verano, quedo allí con dos amigos: me he decidido a cruzar el lago con ellos para llegar por fin a la cabaña del otro lado. Estoy cansada de limitarme a ir por la orilla.

Cuento las brazadas. Sé que mis compañeros están en el agua conmigo, pero también que estamos solos. Tras casi ciento cincuenta brazadas llegamos al medio, la parte más honda. Continúo. Después de cien brazadas más diviso el fondo de nuevo.

Llego al otro lado. Lo he conseguido sin problemas. Por primera vez, veo la cabaña a unos pasos de mí y, a lo lejos, las distantes y pequeñas siluetas de mi marido y de mis hijos. Parecen inalcanzables, aunque sepa que no lo son. Después de una travesía, la orilla conocida se convierte en la margen opuesta: *aquí* se convierte en *allí*. Cargada de energía, exultante, vuelvo a cruzar el lago.

Durante veinte años he estudiado italiano como si nadara por la orilla de aquel lago: siempre al lado de mi lengua dominante, el inglés; siempre bordeando la ribera. Ha sido un buen ejercicio, beneficioso para los músculos y el cerebro, aunque nada emocionante. Estudiando una lengua extranjera de ese modo, uno

no se puede ahogar: el otro idioma está siempre allí para sustentarte, para salvarte. Pero no basta con flotar sin posibilidad de hundirse: para saber una nueva lengua, para sumergirse en ella, hay que alejarse de la orilla. Nadar sin salvavidas, sin contar con la tierra firme.

Unas semanas después de haber cruzado aquel lago pequeño y escondido, hago una segunda travesía, mucho más larga, pero nada fatigosa. Será la primera vez en mi vida que parto de verdad. Esta vez en barco, cruzo el océano Atlántico para instalarme en Italia.

El diccionario

El primer libro en italiano que compro es un diccionario de bolsillo con definiciones en inglés. Es 1994 y estoy a punto de ir a Florencia por vez primera. En Boston, voy a una librería de nombre italiano: Rizzoli, una librería preciosa y refinada que ya no existe.

No compro una guía turística, aunque sea mi primera visita a Italia, aunque no conozca Florencia en absoluto (gracias a un amigo, tengo ya la dirección de un hotel); soy estudiante, tengo poco dinero y creo que un diccionario es más importante.

El que elijo tiene una cubierta de plástico verde. Es impermeable, indestructible. Es ligero y cabe en mi mano. Tiene, más o menos, las dimensiones de una pastilla de jabón. En la contracubierta pone que contiene alrededor de cuarenta mil palabras italianas.

Cuando, paseando por la Galería de los Uffizi, mi hermana repara en que ha perdido su sombrero, abro el diccionario. Voy a la sección en inglés para averiguar cómo se dice *sombrero* en italiano. De algu-

na manera, seguramente equivocada, le digo a un guardia que hemos perdido un sombrero. Milagrosamente, entiende lo que digo y en breve encontramos la prenda.

Desde entonces, durante muchos años, cada vez que voy a Italia me llevo ese diccionario. Lo llevo siempre en el bolso. Busco palabras cuando estoy en la calle, cuando vuelvo al hotel después de un paseo, cuando intento leer un periódico. Me guía, me protege, me lo explica todo.

Se convierte tanto en un mapa como en una brújula: sin él estaría perdida. Se convierte en una especie de madre o padre en quien confío y sin el cual no puedo salir. Lo considero un texto sagrado, lleno de secretos, de revelaciones.

En algún momento escribo en la primera página: «provare a = cercare di» (tratar de = intentar).

Esta anotación casual, esta ecuación léxica, puede ser una metáfora de mi amor por el italiano, que, finalmente, no es más que una obstinación, una continua prueba.

Veinte años después de haber comprado ese primer diccionario decido trasladarme a Roma para una larga estancia. Antes de partir, llamo a un amigo que vivió allí muchos años y le pregunto si necesitaré un diccionario electrónico de italiano, una *app* en el móvil, por ejemplo, para buscar una palabra en cualquier momento.

Se ríe y me responde: «Dentro de poco vivirás dentro de un diccionario de italiano».

Tenía razón. Después de un par de meses en Roma, poco a poco me doy cuenta de que ya no consulto el diccionario tan a menudo. Cuando salgo, tiende a quedarse en el bolso, así que empiezo a dejarlo en casa. Soy consciente de que algo ha cambiado. De una sensación de libertad y, al mismo tiempo, de pérdida, de haber crecido al menos un poco.

Hoy en día tengo otros diccionarios en mi escritorio, más grandes y gruesos, entre ellos dos monolingües, sin ningún término en inglés. La cubierta del pequeñito está desteñida y sucia, las páginas se han puesto amarillentas y algunas se están despegando de la encuadernación.

Por lo general se queda en la mesita, por si necesito consultar fácilmente una palabra desconocida mientras leo. Este diminuto libro me permite leer otros, abrir la puerta de una nueva lengua. Me acompaña, aún hoy, cuando voy de vacaciones, durante los viajes. Se ha convertido en una necesidad. Si por casualidad, cuando me voy, olvido llevarlo encima, me siento algo incómoda, como me sentiría si olvidara el cepillo de dientes o unas medias de recambio.

Este minúsculo diccionario parece ahora más un hermano que un padre o una madre. Sin embargo, sigue sirviéndome, aún me guía. Sigue lleno de secretos. Pese a su pequeñez, continúa siendo más grande que yo.

El flechazo

En 1994, cuando mi hermana y yo decidimos regalarnos un viaje a Italia, elegimos Florencia. Estoy estudiando, en Boston, arquitectura del Renacimiento: la capilla Pazzi de Brunelleschi, la Biblioteca Medicea Laurenziana de Miguel Ángel. Llegamos a Florencia a la hora del crepúsculo, unos días antes de Navidad. Mi primer paseo lo doy al anochecer. Me encuentro en un lugar entrañable, sencillo y alegre. Hay tiendas decoradas para la ocasión, callecitas estrechas atestadas de gente (algunas parecen más pasillos que calles). Hay turistas como nosotras, pero no muchos. Veo a las personas que viven aquí desde siempre: caminan deprisa, indiferentes a los palacios, atraviesan las plazas sin pararse.

He venido para una semana: quiero ver los palacios y admirar las plazas e iglesias, pero desde el principio mi relación con Italia es tanto visual como auditiva. Aunque haya pocos coches, la ciudad ronronea. Por todas partes se oye un rumor que me agrada:

oigo conversaciones, frases y palabras dondequiera que vaya, como si toda la ciudad fuera un teatro que aloja a un público ligeramente inquieto que parlotea antes del comienzo de la función.

Oigo la excitación con que los niños se desean «Felices fiestas» en la calle; por la mañana, oigo la ternura con que la mujer que limpia la habitación del hotel me pregunta «¿Ha dormido bien?», y cuando un señor quiere adelantarme en la acera, oigo la leve impaciencia con que me dice «¿Me permite?».

No consigo contestar: no soy capaz de entablar diálogo alguno, sólo escucho. Lo que oigo en las tiendas y los restaurantes me despierta una reacción instantánea, intensa, paradójica: el italiano parece estar ya dentro de mí y, al mismo tiempo, totalmente fuera aún. No me suena como una lengua extranjera, aunque me conste que lo es. Por extraño que parezca, me resulta familiar: reconozco algo aunque no entienda casi nada.

¿Qué reconozco? Un idioma muy bello, claro, pero no se trata de eso. Me parece como si tuviéramos un vínculo, como si se tratara de una persona con la que me he topado por casualidad y por quien, sin embargo, enseguida he sentido afecto. Sin embargo, todo está aún por definirse. En todo caso, me sentiría insatisfecha, incompleta, si no lo aprendiera: en mi interior existe un espacio donde esta lengua se sentiría cómoda.

Siento un vínculo y un desapego a la vez, proximidad y lejanía. Siento algo inexplicablemente físi-

co: me despierta una inquietud persistente y absurda, una tensión exquisita. Es una especie de flechazo.

Paso una semana en Florencia, a unos pasos de la casa de Dante. Un día voy a ver la pequeña iglesia, Santa Margherita dei Cerchi, donde se encuentra la tumba de Beatriz, la amada siempre inalcanzable, la inspiración del poeta. Un amor insatisfecho, marcado por la distancia y el silencio.

No tengo una necesidad auténtica de saber este idioma: no vivo en Italia, no tengo amigos italianos, pero siento ese deseo y, a fin de cuentas, un deseo no es otra cosa que una necesidad irracional. Como en muchas relaciones pasionales, mi encaprichamiento se convertirá en devoción, incluso en obsesión: siempre habrá algo descompensado, no correspondido. Me he enamorado, pero lo que amo permanece indiferente. Esta lengua nunca me necesitará.

Cuando acaba la semana, después de haber visto muchos palacios y frescos, vuelvo a Estados Unidos. Llevo postales y regalos para recordar el viaje; sin embargo, el recuerdo más claro, más vivo, es algo inmaterial: cuando pienso en Italia, oigo de nuevo algunas palabras y frases, y noto su ausencia, y esta carencia me empuja, poco a poco, a aprender el idioma. Me siento acuciada por el deseo y también titubeante, tímida. Le digo al italiano, con una leve impaciencia: «¿Me permite?»

El exilio

Mi relación con el italiano se desarrolla en el exilio, en un estado de separación.

Cada lengua pertenece a un lugar específico. Puede migrar, puede difundirse, pero suele estar ligada a una geografía, a un país. El italiano pertenece sobre todo a Italia, mientras que yo lo vivo en otro continente, donde no es tan fácil encontrarlo.

Pienso en Dante, que esperó nueve años el momento de hablar con Beatriz. Pienso en Ovidio, desterrado de Roma a un lugar remoto, a un puesto lingüístico avanzado rodeado de sonidos ajenos.

Pienso en mi madre, que en Estados Unidos escribe poemas en bengalí y que no consigue encontrar, casi cincuenta años después de haberse mudado allí, un libro escrito en su lengua.

En cierto sentido me he acostumbrado a una especie de exilio lingüístico: mi lengua materna, el bengalí, es extranjera en Estados Unidos. Cuando se vive en un país donde la propia lengua es consi-

derada extranjera, se puede experimentar una continua sensación de extrañeza: se habla una lengua secreta, desconocida, carente de correspondencias en el entorno, y esa ausencia crea una distancia interior.

En mi caso hay otra distancia, otro cisma: no sé el bengalí a la perfección, no sé leerlo ni escribirlo, hablo con acento, sin seguridad. Por eso siempre he percibido una desconexión con esa lengua. Como consecuencia, también considero, paradójicamente, mi lengua materna una lengua extranjera.

Con respecto al italiano, el exilio tiene un aspecto distinto: tan pronto nos conocimos, el italiano y yo nos alejamos. Mi nostalgia parece una tontería, y sin embargo la siento.

¿Cómo es posible que me sienta exiliada de una lengua que no es la mía, una lengua que no sé? Tal vez porque soy una escritora que no pertenece del todo a ninguna lengua.

Compro un libro. Se titula *Teach Yourself Italian*, un título alentador, lleno de esperanza, de posibilidades. Como si fuera posible aprender por uno mismo.

Tomé clases de latín durante años, así que los primeros capítulos me resultan bastante fáciles. Conigo memorizar algunas conjugaciones, hacer los ejercicios, pero no me gusta el silencio, el aislamiento del proceso autodidacta: me parece distante, equivocado; como si estudiara un instrumento musical sin que se me permitiera tocarlo.

En la universidad, decido que mi tesis doctoral tratará sobre la influencia de la arquitectura italiana en algunos dramaturgos ingleses del siglo XVII. Me pregunto la razón por la cual ciertos dramaturgos decidieron ambientar sus tragedias, escritas en inglés, en palacios italianos. La tesis hablará de otro cisma, éste entre la lengua y el entorno. Este argumento me ofrece un segundo motivo para estudiar italiano.

Asisto a cursos elementales. Mi primera profesora es una señora milanesa que vive en Boston. Hago los deberes, apruebo los exámenes, pero cuando, después de dos años de estudio, intento leer en italiano *La romana* de Moravia, apenas la entiendo. Subrayo casi todas las palabras, página tras página. Me veo obligada a recurrir continuamente al diccionario.

En la primavera del año 2000, siete años después de mi viaje a Florencia, voy a Venecia. Además del diccionario, llevo una libreta donde tomo notas que podrían serme útiles: «Saprebbe dirmi...?» (¿Podría decirme...?), «Dove si trova...?» (¿Dónde está...?), «Come si fa per andare...?» (¿Cómo llego a...?) Recuerdo la diferencia entre *buono* y *bello*: me siento preparada. No obstante, en Venecia apenas consigo preguntar por una calle o solicitar un despertador en el hotel. En un restaurante, logro pedir mi comida e intercambiar unas palabras con la camarera, nada más. A pesar de que he vuelto a Italia, sigo sintiéndome una exiliada de la lengua.

Unos meses después recibo una invitación para asistir al Festival de Literatura de Mantua. Allí me encuentro con mis primeros editores italianos. Uno de ellos es, además, mi traductora. La editorial tiene nombre español, Marcos y Marcos, pero ellos son italianos: Marco y Claudia.

Hablo inglés en todas las entrevistas y presentaciones. Siempre hay un intérprete a mi lado. Entiendo más o menos el italiano, pero sin el inglés no consigo explicarme bien. Me siento limitada. Mi comprensión es tan exigua que, aquí en Italia, no me ayuda. La lengua todavía me parece un portal cerrado; estoy en el umbral, atisbo el interior, pero el portal no se abre.

Marco y Claudia me dan la llave: cuando menciono que he estudiado un poco de italiano y que quisiera mejorar, dejan de hablarme en inglés. Pasan a su lengua, aunque tan sólo consiga contestar de forma muy sencilla, a pesar de todos mis errores, a pesar de que no entiendo completamente lo que dicen, a pesar de que ellos hablan inglés mucho mejor que yo el italiano.

Toleran mis errores, me corrigen, me animan, me sugieren las palabras que me faltan. Hablan con claridad y paciencia, como los padres con sus hijos, tal como se aprende la lengua materna. Me doy cuenta de que no aprendí inglés de esta manera.

Claudia y Marco, que han traducido y publicado en italiano mi primer libro y me hospedan en Italia por primera vez como escritora, me regalan

este cambio. Gracias a ellos, en Mantua me encuentro por fin dentro de la lengua. Porque, para aprender un idioma, para sentirse ligado a él, hay que entablar diálogos, por muy infantiles e imperfectos que sean.